

Sección Tres: Experiencias, reseñas, debates e informes

Teoría crítica y marxismo en las ciencias sociales y humanas: alcances, limitaciones y reconfiguraciones. Sociología transformadora.

Éducation démocratique. La révolution scolaire à venir.¹

Democratic education. The coming school revolution.

Angela Pelliccia
Universidad Suor Ursola Benincasa
angela.pelliccia@docenti.unisob.na.it

Reseña del libro *Éducation démocratique. La révolution scolaire à venir*. Paris: La Découverte. Christian Laval y Francis Vergne (2021).

Escuela, educación, reforma escolar, crisis escolar... un río de palabras que tiende a fluir inevitablemente hacia la búsqueda de una solución inmediata.

En *Éducation démocratique. La révolution scolaire à venir*, el sociólogo Christian Laval y el psicopedagogo Francis Vergne a través de un examen preciso de las condiciones en que hoy se encuentra la educación, llegan a la conclusión de que la crisis que atraviesa todo el sistema educativo no puede gestionarse de forma vertical, sino que, para aumentar las formas de participación democrática, limitar las desigualdades, hacer la tierra más habitable y, sobre todo, proporcionar un entorno de convivencia, habría que acabar con el viejo orden mundial. La ruptura con el viejo orden mundial genera inevitablemente una revolución social, democrática y ecológica que debe superar la lógica del sistema capitalista y establecer una nueva democracia social y ecológica.

La educación como bien común

Los autores responden a los problemas de las instituciones educativas imaginando la realización de una escuela democrática a partir de la afirmación de que “la educación es un bien común y no una mercancía”. La escuela, hoy en día, al igual que otros servicios públicos, está sujeta a las reglas de la productividad y la competencia, pero su “mercancía”, “la transmisión de conocimientos”, no puede estar sujeta a las leyes del mercado porque la teoría

¹Recibido: 10/01/2023 Evaluado: 01/02/2023 Aceptado: 01/02/2023

de la oferta y la demanda se mueve en un entorno marcado por una profunda crisis que implica a toda la sociedad.

El debate escolar es necesariamente también una cuestión política, que afecta a toda la sociedad, y el sistema escolar no puede aislarse de la transformación social que afecta a las diferencias socioeconómicas, raciales y de género. Su crisis no está estrictamente relacionada con los métodos pedagógicos o la formación del profesorado; por lo tanto, para lograr la igualdad escolar, hay que repolitizar el discurso educativo.

Los alumnos compiten constantemente por alcanzar los niveles más altos, las escuelas anuncian su oferta educativa para obtener fondos ministeriales y un elevado número de matrículas, los profesores persiguen asignaciones adicionales para hacerse “merecedores” a los ojos de los directores de escuela: la escuela, en resumen, se ha convertido en un campo de batalla.

La educación democrática “aún por venir” que se desea en el texto supera estas dinámicas, propone un único itinerario educativo desde la escuela primaria hasta la universidad, se basa en la participación conjunta para compartir proyectos y alcanzar objetivos comunes, y se libera de la burocracia de arriba abajo. También implica la figura del director que, en el nuevo modelo de escuela, debe ser elegido por los profesores y no debe estar exento de dar clases.

El libro, que en una primera lectura puede parecer visionario, se divide en varios ámbitos: la organización interna de la escuela, que tal y como están las cosas, no promueve la igualdad de oportunidades; los objetivos educativos que el capitalismo trata de declinar según su propia lógica; la condición del profesor que ejerce su profesión debatiéndose constantemente entre la autoridad y la libertad, y, por último, la lucha contra la adaptación a la baja de los contenidos de la enseñanza que conduciría inevitablemente a reforzar las desigualdades. El texto, a través de la aplicación de cinco núcleos temáticos: libertad, igualdad, cultura común, establecimiento de la pedagogía y autogobierno, sugiere un nuevo paradigma para la realización de una nueva educación, la educación democrática.

El obstáculo más evidente que hay que superar es la falta de libertad de pensamiento, en presencia de coacciones externas, programas prescriptivos, pruebas estandarizadas iguales para todos: no se puede diseñar una educación democrática. La educación no puede estar sometida a ningún tipo de censura, debe estar libre de los poderes que quieren instrumentalizarla y someterla.

Para garantizar a todos el acceso al conocimiento y la libertad de cátedra, los dos autores piensan en una institución de tipo federal formada por profesores, investigadores, estudiantes, padres y todas las instituciones del saber.

Otro punto delicado es la búsqueda de la igualdad en el acceso al conocimiento, porque si la sociedad es desigual y está jerarquizada, resulta imposible lograr una educación democrática.

La escuela por sí sola no puede hacer frente al problema de las desigualdades, especialmente las socioeconómicas, ni crear condiciones favorables para la adquisición de una cultura común: el entorno familiar pesa mucho en el destino de los jóvenes.

Numerosos estudios han demostrado que el aprendizaje de los alumnos procedentes de entornos con escaso capital económico, cultural y social se ve gravemente comprometido; de hecho, a pesar de la ampliación de la escolarización, las diferencias entre los logros de los alumnos de la clase trabajadora y los de las clases superiores no se han reducido. Las desigualdades educativas están siempre estrechamente correlacionadas con las desigualdades sociales, y no basta con escolarizar para democratizar, sino que es necesario incidir en las familias con un apoyo económico constante.

En el proyecto educativo de los dos catedráticos franceses, la cultura común, a través de la educación, tiene que dotar a los ciudadanos de las herramientas y habilidades necesarias para comprender la sociedad en la que viven y sentirse iguales en todos los ámbitos de la vida. La cultura común democrática difiere del núcleo común de conocimientos y habilidades que son indispensables para completar con éxito la propia escolaridad. Supera lo que según Freire (1977) era la “concepción depositaria” de la educación, es decir, una acumulación de conocimientos que sirve para obtener una cabeza bien llena, pero no bien hecha (citando al filósofo Montaigne). La carrera por superar el plan de estudios aprisiona a los profesores, que acaban dando más a los que más tienen, en el sentido de que los alumnos de entornos acomodados consiguen seguir y los demás se quedan atrás. No se puede aceptar la indiferencia ante las diferencias. “No hay mayor injusticia que hacer partes iguales entre personas de condición diferente”, decía Don Milani, y en nombre de *I care* (me importa), declaraba que “si se pierden los niños más difíciles, la escuela deja de ser escuela. Es un hospital que trata a los sanos y rechaza a los enfermos”.

Laval y Vergne identifican la respuesta a las necesidades humanas de una sociedad democrática y ecológica en una pedagogía instituyente, es decir, un conjunto de pedagogías que consideran la democracia como el principio de funcionamiento de la institución educativa y de la formación de los alumnos. La educación democrática debe ser autorreflexiva para formar ciudadanos capaces de pensar, juzgar, decidir y actuar. “La verdadera educación es la que nos hace mentalmente libres, moralmente excelentes”, afirmó Ghandi.

A grandes rasgos, el autogobierno de las instituciones del conocimiento podría presuponer la participación activa de todos en la definición de las reglas de la vida en común. El principio de colegialidad que reina en esta visión es el de que profesores, alumnos y padres se reúnan regularmente en asambleas colectivas. La participación para la plena realización de una comunidad escolar sería también una medida igualitaria si implicara no sólo a los padres de los más educados y acomodados, ni sólo a los mejores alumnos o a los profesores más atentos, sino a todos los actores implicados en el proceso educativo.

No puede existir “comunidad escolar” mientras la institución siga siendo controlada desde arriba y carezca de verdadera autonomía.

Del dicho al hecho

La racionalización burocrática, el abuso directivo, y la degradación social y económica intentan convertir a los profesores en técnicos obedientes. El educador democrático no puede adaptarse a las exigencias de su tiempo, debe preguntarse por la relación entre su acción educativa y el desarrollo de la sociedad y preguntarse por el tipo de ciudadano que el mundo seguirá necesitando para ser habitable y vivible mañana. De esta introspección se desprende la

constatación de que es necesaria una verdadera revolución, ya que los simples cambios en el viejo sistema no son suficientes para llevar a cabo la transición ecológica necesaria para la realización de una educación democrática capaz de ofrecer a las nuevas generaciones un nuevo horizonte político, social y ecológico.

El paradigma que los dos autores franceses han elaborado representa una invitación a un nuevo experimentalismo educativo en la perspectiva de la revolución democrática y sólo es concebible en el horizonte de una posible “otra escuela”.

Si hay un sentido de la realidad, como señaló Robert Musil (1969-1982) en su novela *El hombre sin cualidades*, debe también existir un sentido de la posibilidad. En nuestro caso, tiene que existir la posibilidad de una nueva forma de educación que gestione el cambio en las formas de vivir, actuar y educar que la realidad nos impone: como sugería André Gorz (1997), “debemos aprender a discernir las posibilidades no realizadas que dormitan en los pliegues del presente”.

Referencias

- Freire, P. (1977). *La educación como práctica de la libertad*. Madrid: Siglo Veintiuno de España.
- Gorz, A. (1997). *Misère du présent, richesse du possible*. Paris: Éditions Galilée.
- Musil, R. (1969-1982). *El hombre sin atributos*. Barcelona: Seix Barral.